

Marifé Santiago Bolaños

Universidad Rey Juan Carlos (Instituto
Universitario de la Danza «Alicia Alonso»-
IUDAA)
mariafernanda.santiago@urjc.es

Escribo, una maleta, «ergo sum» *I write, a suitcase, “ergo sum”*

Resumen

Mediante un acercamiento racio-poético a *Delirio y destino*, de María Zambrano, analizaremos la construcción de la identidad humana cuando la historia anula referentes espacio-temporales y, en un sentido vital, desaparece el territorio de lo común. La autora-personaje será el plano metodológico que nos traslade a nuestra incierta contemporaneidad globalizada, donde la coexistencia de identidades múltiples y difusas exige volver a pensar el concepto de consenso.

Palabras clave

Identidad, relato, sueño creador, viaje.

Abstract

Through a racio-poetic approach to *Delirio y destino* by Maria Zambrano, we analyze the construction of human identity when history annuls space-time references and, in a vital sense, the territory of the common disappears. The author-character is the methodological plane that attempts to carry us to our uncertain globalized contemporaneity, where the coexistence of multiple and diffuse identities demands that we rethink the concept of consensus.

Keywords

Identity, story, creative dream, travel.

Recepción: 1 de octubre de 2017
Aceptación: 7 de noviembre de 2017

Aurora n.º 18, 2017, págs. 114-129

Escribo, una maleta, ergo existo

Despertar es entrar en un sueño ya en marcha, venir desde el desierto puro del olvido y entrar, lo primero, en nuestro propio cuerpo, recordarlo sin rencor, entrar a habitarlo y recuperar nuestra alma, con su memoria, y nuestra vida, con su quehacer.

MARÍA ZAMBRANO, *Delirio y destino*

¿Qué ha de contener una maleta de mano simbólica cuando la historia solo te permite llevar una, tras expulsarte sin señalar cuánto durará el destierro?, ¿quién se hará cargo de identificar el relato identitario, de traducirlo, de leerlo al menos, cuando esa maleta se abra y quien la hizo haya perdido su espacio de lo común? ¿Dónde

queda la identidad de quien es obligado a la extranjería?, ¿cómo continuar cuando la identidad que se portaba es ya un fantasma cuya resurrección, de haberla, llegará esclava de la memoria y sus fronteras?

i. Zambrano, M., *Delirio y destino*, Madrid, Mondadori, 1989, pág. 22.

¿Hay identidad que, en propiedad, no sea un fantasma?

Como tantos millones de seres humanos en el mundo que padeció, y cuyo porvenir nos ha tocado vivir a nosotras, María Zambrano ha de abandonar un lugar y un proyecto de vida en cuyos principios de convivencia se había podido inscribir y desarrollar su casa filosófica, su «madriguera» —pues esa parece ser la etimología de la palabra «ética»—. Sobre tales hilos-preguntas tejaremos el texto que nos acerque a *Delirio y destino*, de María Zambrano.

La identidad es tanto un desiderátum como una necesidad, una tabla para no naufragar de abandono en la incertidumbre que la racionalidad no puede impedir, aunque la aminore hasta convencernos de su olvido. La identidad es un sueño tan denso que acaba mostrándose enmascarada de firmeza. Sobre ella se construye un mapa ficticio que acabaremos llamando «el mundo». Está hecha de materiales tan vulnerables como lo son los afectos, las derrotas, la felicidad y los temores. Se le van adhiriendo sensaciones, palabras y pensamientos, que la visten para ser admitida en ese territorio de los otros que, contigo y ante ti, se hacen indispensables en el relato de tu «identidad».

Hace falta ese algo inasible para vivir, ese algo que genera redes misteriosas de definiciones incompatibles, pero que cualquiera puede identificar. Vamos a llamarlo, por el momento, «amor»; es decir, evidencia entrañada de la vulnerabilidad, exigencia anímica de otro que nos señale reflejos extraños, que nos otorgue seidad. Otro que nos haga «sujeto»; otro que pudiéramos ser nosotras mismas:

Y ya sé que «el otro», el prójimo está solo en su fondo como yo, y tampoco puede valerse. Todos están solos, cada uno está solo. No tendré pues enemigo, ni creeré que nadie me ama especialmente, ni menos lo desearé, que antes me devoraba este anhelo de que me quisieran, de ser amada. ¿Y no era esto una barrera? y hasta una trampa.¹

¿Qué lleva una maleta como la mencionada?, ¿quién le dará continuidad a su contenido? ¿Quién se hará responsable de su relato?

Una mujer nacida en España que se forma e inicia su andadura, como sujeto de la historia, en las primeras décadas del Novecientos, estaría hecha de retazos contradictorios. Porque contradictoria fue la época en la que empezaba el relato identitario de quien sería María Zambrano, como lo es el momento desde el que ahora escribimos. Para reflexionar sobre todo ello, la autora elige el género literario de

2. De Andrés Cobos, P., *El maestro, la escuela y la aldea y otros escritos pedagógicos*, Segovia, Ayuntamiento de Segovia, coord. de Aku Estebaranz, 2017, pág. 96.

la novela, tan importante para la historia del pensamiento español; bien podríamos rastrear e incluso abundar en el mismo cuando tomamos referentes creativos como, indudablemente, el *Quijote*.

Una novela es puente que une tiempos, su valor procede de la capacidad de inscribirnos en temporalidades ajenas como si fueran nuestras; en parte, ahí está la fascinación de una buena novela y el rechazo que a muchos caracteres le produce esta suerte de «fantasía». Cuando, además, se trata de una novela autobiográfica, como *Delirio y destino*, el ejercicio filosófico de pensar sobre la construcción de uno mismo permite ampliar el detalle hasta enfrentarnos a su propia gestación, como vamos a intentar señalar.

Algunos de los primeros retazos, imprescindibles para el viaje en su exilio —única «patria» que acabará reconociendo—, con aquella maleta simbólica, muestran a María Zambrano, en una ciudad de provincias, Segovia, en ese límite de los años veinte que, justo antes y justo después, se desbordarán de esa euforia y esa violencia que desequilibrará la balanza de Europa. No fue un tiempo de generosidad, pero sí de utopías que se enfrentaban, en la vanguardia de una lucha encarnizada por el futuro digno, con el temor inminente a una guerra. Vivir en perpetua alerta, marcar, con una cruz, las vidas jóvenes que emponzoñarán caminos y esperanzas de Europa. Anotar en la biografía posible, cuántas malas horas caben en un calendario. Experiencias de ese calibre acabarán estando en la maleta, aunque se hubiera querido perder tan ignominioso equipaje.

Y, sin embargo, esa niña, esa joven adolescente, esa incipiente mujer tiene en Segovia a Blas Zambrano y a Araceli Alarcón, sus padres, como faros indestructibles haciendo cotidiano lo excepcional. Ambos son maestros allá donde la vida los vaya llevando, ambos se implicarán en la gran transformación educativa española que sabía que la verdadera revolución ha de serlo en el espíritu, parafraseando a Francisco Giner de los Ríos. Ambos, y a través de ellos también María Zambrano, tienen al poeta profesor Antonio Machado, a Emiliano Barral, a Pablo de Andrés Cobos, etc., muy cerca, la Universidad Popular muy cerca, las publicaciones que tratan de democratizar la excelencia muy cerca también. Tanto que, si en esa maleta de «identidad» estuviera un texto, como el que citaremos a continuación, entenderíamos que sería uno de los primeros en querer volver a oír en su exilio:

Libertad y respeto. Y cariño. Las virtudes de la buena amistad. ¿Por qué no ha de tener el maestro esta sencilla y alta sabiduría?

Convivir, acompañar, es lo mejor que se puede hacer con el niño y con el hombre. Y presentar campos nuevos por los que corra su imaginación y entretengan su razonamiento. Romper todos los días y llevar más lejos las líneas de sus horizontes; más amplio cada vez el campo de su inteligencia y de su sentimiento.²

El despertar de María Zambrano a su «identidad» tendrá esta escenografía anímica: una ciudad lejos del centralismo propio del momento histórico que, sin embargo, padece la historia sin disfrutar, del todo, sus posibles logros; una ciudad provinciana que es cruce de caminos, cruce de culturas y civilizaciones, que demanda una partitura de respeto, cuando se la vive con la entera convicción que ella aprende a mirar. Una ciudad que, como María Zambrano escribirá mucho después, puede ser ejemplo, si hay esmero para ello, de que una cultura, para serlo, ha de contar con muchos centros vivos.

Será en Segovia donde se despierte una conciencia de responsabilidad personal y donde, en la experiencia provinciana que significa códigos de pertenencia y actitudes impuestas para no ser expulsada del grupo, halle María Zambrano rudimentos intelectuales y afectivos como para definir líneas que después serán determinantes en su filosofía. Esa «identidad» asume cuanto corresponde, y también rechaza cuanto corresponde, siglos de tradición y cultura, al tiempo que sostiene en el aire atisbos de un matiz gracias a cuyo germen podría dar comienzo a un mundo diferente:

Vivir es un trabajo que parece en instantes imposible de cumplir; el trabajo de recorrer la larga procesión de los instantes, de oponer una resistencia al tiempo, resistir al tiempo es la primera acción que requiere el estar vivo; luego saber que el «aquí» es muy concreto, muy determinado y no se le conoce. Si supiera dónde estoy exactamente sabría lo que tengo que hacer. Pero «las circunstancias» no fuerzan sino al que ya ha elegido.³

En toda aurora permanece el abismo de la sombra oscura. Si al despertar del sueño persiste la oscuridad se habrá convertido en miedo. Y si es miedo, traerá inmovilismo, la cadena innoble que pretende adquirir un valor que no tiene, apelando a órdenes arquitectónicos más que a órdenes musicales. Elegir para que las circunstancias impliquen y en ellas te impliques, es la imagen que María Zambrano describirá casi como «retrato donde reconocerse»: la democracia se parece más al orden de la música que al de la arquitectura, porque es esa forma política donde no solo es posible ser persona, sino que serlo es una obligación. Ella va estableciendo la narración personal que la convierte en un alguien independiente, en un alguien sujeto, imbricada en tales parámetros, cotejando lo próximo con aquello que está a su lado sin que eso signifique que se compartan costumbres y hábitos.

Porque de tales experiencias se hacen nuestras biografías; la diferencia entre unos y otros seres humanos está en la posibilidad y la capacidad que se tenga para hacer de cada una de ellas un camino personal, o aceptarlas como si se tratara de una imposición ajena a nuestras voluntades. Acaso la identidad que nos atribuimos sea haber tomado conciencia de unas frente a otras, haber ubicado, en

3. Zambrano, M., *Delirio y destino*, *op. cit.*, pág. 28.

las capas narrativas de nuestro existir, el peso que cada una ejerce sobre las demás.

Ser persona, ser un sujeto con identidad, primero entre nuestros iguales, solo es posible acaso, tanto de hecho como de derecho, en un planteamiento común democrático. Pero hablamos de una creación humana tamizada por la razón poética, hablamos de un sueño creador, no de algo que se produzca de un modo instintivo o espontáneo. Por eso, personalidad, elección, independencia, libertad, se convierten en señales en el camino cuando desgranamos esa palabra-concepto-experiencia que es la humanidad significada de uno en uno. Eso que nombramos «la identidad».

Nunca permanecemos idénticas a nosotras mismas. La identidad objetiva es una entequeia o un insignificante y supersticioso talismán, algo semejante a un delirio. Sin embargo, ejerce de unión y, en cierto modo, de destino. En esa maleta que hemos abierto sin pudor, habrá acontecimientos vitales que María Zambrano no nombrará tras encerrarlos en el fondo de la misma, pero que viajarán con ella. Los secretos biográficos con los que negociamos, con los que el porvenir nos chantajea, por los que tenemos que pagar al construirnos «con ellos sin que nadie sepa que están».

Esta «española de veinte años», que es recordada por una mujer que la contiene, en La Habana de los años cincuenta del siglo XX, ha atravesado el camino de la construcción de su identidad dejando atrás elementos que consideraba determinantes, teniendo, al tiempo, que aceptar cuanto de indeterminado tiene el trazo de una vida e, incluso, la reacción ante los hechos inevitables. Ponerle palabras a la experiencia trágica de una guerra en Europa, una guerra civil en España, la tortura y la muerte, la pérdida de los grandes amigos, la inutilidad de la razón y el escaso consuelo que la educación y la cultura consiguen; es decir, dudar de todo y sobre todo convierte el ejercicio de escribir *Delirio y destino* en una verdadera proeza intelectual, no ajena al convencimiento filosófico que María Zambrano fue desarrollando a lo largo de toda su vida. Pero también por ello, el acto mismo de escribir esta novela se convierte en un ejemplo de «razón práctica», de «imperativo categórico», o, incluso, en una «ética demostrada según un orden geométrico», apoyando la terminología en Kant o en Espinosa. Los dos filósofos se presentan entre las páginas como actitud, como renglones, como espacios en blanco. Hay lectura profunda y asimilada que se queda en las células de la creatividad y las conforma, incluso cuando ignoremos que están ahí, dándole sabor a un gusto estético:

No era esta «ética» exclusiva del pequeño grupo. Era el modo de vida universitario, lo que había surgido enseguida, pues hacía muy poco tiempo que las mujeres habían comenzado a asistir «naturalmente» a la Universidad; sin lucha ni vacilación alguna, la convivencia entre los compañeros de ambos sexos se había ido dibujando clara, nítidamente

y sin definición. Y todo lo que les unía era así: el espíritu universitario, el ambiente moral de una Universidad que sin efectismos, mas sin tregua, se había ido renovando, asegurando. Y ellos eran simplemente una expresión de lo que la Universidad podía ofrecer a la vida española toda. Por eso no sólo no tenían, sino que huían de tener un programa; era una actitud, un cambio de actitud la que tomaba cuerpo al tomar conciencia. Y querían ser vehículo de esta actitud tan simple, tan escueta hasta en lo intelectual, especie de ascetismo de la imaginación; sin saberlo renunciaban al delirio que devoró la vida de los españoles del siglo XIX. Huían del delirio y de la consiguiente asfixia; querían encontrar la medida justa, la proporción según la cual la convivencia fuese efectiva, viviente, según la cual España fuese un país habitable para todos los españoles.⁴

4. *Ibidem*, págs. 47-48.

María Zambrano ya está en Madrid, acabando sus estudios de Filosofía. De Segovia, lleva muchas cosas indispensables en esa maleta que, más tarde, tendrá que repensar para hacerle sitio a otras cosas cuando haya de abandonar España. Ahora está en Madrid, decimos, y es una de esas jóvenes que ve cómo nace, ante los ojos de sus esperanzas más intensas, la Ciudad Universitaria. Esa «Ciudad» es mucho más que un complejo de edificios donde se aglutinan las distintas facultades; es una manera de concebir el pensamiento y la creatividad a partir del concepto de *civitas*, de *polis*. Querían conformar un espacio donde fuera imposible la entrada de la barbarie; un espacio desde el que expulsar la maldad que propician, sin remedio, las estructuras sociales construidas aceptando la exclusión, la frustración, el rencor y el poder impositivo. Por eso nuestra filósofa está vinculada, es parte de ellas, con las mejores iniciativas sociales que llevan la educación formalizada, y esa maravilla que Cossío llamaba «educación difusa», hacia la libertad y el respeto. Hablamos de la encomienda cívica, política, de escribir en prensa para que las ideas democráticas pactadas, propiciadas, se extiendan sin freno.

En la columna «Mujeres», que María Zambrano tuvo en el periódico *El Liberal*, se publica el 26 de julio de 1928:

[...] Nosotros, los que hemos iniciado los afanes de nuestra juventud en el despacible caserón de Noviciado, contemplamos alegres los planos de la nueva Ciudad Universitaria: pero en seguida pensamos que esta es ante todo un organismo espiritual que ha de tener un perfil claro y bien definido, y como todo lo que es, una consistencia que se traduzca en una resistencia a todo lo extraño y perturbador.

[...] nos interesa más la estructura espiritual de la nueva Universidad, que se debe alzar firme sobre los cimientos de unas leyes justas, hechas con el amor de todos, penetrada por el aire limpio de la libertad, garantía de su independencia. A esta debemos dedicar nuestro afán y nuestro impulso: es la que, en definitiva (ante nosotros y ante el mundo), va a definir nuestra Universidad por ser lo esencial en ella.

Para la ciudad (material) se inician suscripciones que vemos crecer con júbilo; pero nosotros iniciamos otra: la suscripción para la ciudad

5. Zambrano, M., «La nueva Ciudad Universitaria», en Ortega Muñoz, J. F., *María Zambrano. La aventura de ser mujer*, Málaga, Veramar, 2007, págs. 87-88.

6. Señalemos, tan solo, por dar un ejemplo de lo que decimos, el lamentable y tópicamente «retrato velado» que hace Max Aub de María Zambrano en su novela *Calle Velarde*.

universitaria ideal, edificada en equilibrio de justicia, autónoma, independiente, libre, ciudad de la cultura.⁵

Hablamos del compromiso en el logro de una sociedad donde los hombres y las mujeres sean iguales, sin que eso signifique renunciar a la diferencia. Tal renuncia es lo que suele exigirse a quienes se incorporan a estructuras no propias. Y tal exigencia hace que persevere la falacia de que el poder constructor de esas estructuras concede, con magnánima soberbia, derechos a modo de limosna, haciendo creer que tales derechos no son universales puesto que muchas de las personas, a quienes pertenecen como tales seres humanos, no estaban allí para tomar decisiones que se les dan, en el mejor de los casos, ya cerradas. Se trata de esa burda y eficaz manipulación que culpa, que impone «pecados originales» a quienes conviene mantener al margen de la historia.

Las contemporáneas de nuestra filósofa reclamaban su discurso político, lo que significa exigir condiciones estructurales que permitieran su singularidad de mujeres. María Zambrano estuvo, por ello, cerca de los movimientos organizados que, directa o indirectamente, trabajaban en pro de la igualdad de género. Y eso trajo consigo la mediocre burla de los que, con persistencia histórica, temen que aumentar el campo de quienes puedan gozar de derechos les restará algo a los suyos. Burla y crítica incluso entre quienes pudieran estar más próximos en el proyecto social que todos decían compartir.⁶ Nunca es sencillo, hemos de nombrarlo. En este hecho, las mujeres somos, seguimos siendo, lamentablemente, «un colectivo» reconocible en el mundo entero. Incluso las sociedades más democratizadas conservan sutiles mecanismos de control, tan incardinados en el inconsciente que solo las leyes los pueden frenar porque señalan, porque muestran y desvelan lo que incluso, en ocasiones, el consciente negaría con sinceridad; por eso es tan complejo y dificultoso acabar con la desigualdad y sus nefastas consecuencias.

Es muy importante, en esta reflexión en torno a la identidad a partir de *Delirio y destino*, señalar ahora que María Zambrano es una de aquellas «modernas de Madrid», junto a su amiga Maruja Mallo, junto a su amiga Concha Méndez, junto a todas aquellas jóvenes que podían estrenar un mundo de posibilidades porque iban a ser inflexibles, por primera vez en la historia de España, en la historia de Europa, a la hora de reclamar su derecho a ser ciudadanas. En nuestro tiempo de retroceso de derechos, de demora de justicias, y de fantasmas identitarios victimistas que asesinan cuando no se conforman con hacernos rehenes de la tradición, y nos hacen culpables de egoísmo cuando hay situaciones críticas; cuando las mujeres seguimos careciendo, incluso hoy, de grandes referentes-mujer para mirarnos en el espejo que nos facilitara la siempre difícil construcción identitaria, es un deber cívico reconocer el valor inmenso que nuestras «abuelas intelectuales» aportaron al complejo camino hacia la libertad para las mujeres españolas. Rescatarlas sin

tregua de los escombros de la historia reciente de España, de Europa, significa alumbrar oscuridades, claros en el bosque proceloso de dudas y desesperanzas que, como decíamos al inicio, convierten a María Zambrano en un posible referente para pensar nuestro presente y nuestro porvenir.

Mujeres que «acortaban» sus faldas para poder subir con facilidad al autobús, según señalan con tanta eficacia metafórica. Eran las «sinsombrero», no querían que su pelo continuara siendo fetiche del imaginario masculino, se lo cortaban en señal de estilo y de libertad. Desvelaban identidades negadas por la estructura social que padecían sin réplica, dejaban de ser perpetuas menores dependientes de los hombres. Querían soñar sus sueños propios, reclamaban su «habitación propia». La razón, dice María Zambrano tomando los atributos de la diosa Atenea como referente, nació armada. Así, María Zambrano recorre esta nueva ciudad simbólica construida de múltiples espacios que pretenden serlo de lo común sin exclusiones, cerca, como decíamos, de la Residencia de Señoritas y todos sus significados y consecuencias.⁷ En el punto exacto donde empezaban a atisbarse los frutos del sueño creador:

Despertar, sin dejar de soñarnos, sería tener un sueño lúcido. Es el ansia que se padece y que se está a punto de lograr en ciertos momentos de la historia —individual o colectiva— cuando un pueblo despierta soñándose, cuando despierta porque su ensueño —su proyecto— se lo exige, le exige conocerse; conocer su pasado, liquidar las amarguras que guarda en su memoria, poner al descubierto las llagas escondidas, realizar una acción que es a la par una confesión, «purificarse», haciendo. En aquella hora histórica en que estaba al nacer la República del 14 de abril, los españoles se disponían a hacerlo, a curarse de sus llagas.⁸

Cuando María Zambrano escriba *Delirio y destino* todo eso ha pasado hace muchos años. Y narrar la memoria exige una selección que permita aislar aquello que, además de sido, contenga una ejemplaridad sintética de cómo fueron los sueños y en qué acabaron los afanes que intentaban darles presencia y figura. Aquella joven estudiante, profesora en Madrid, es ahora una mujer madura cuyo sentido de la vida, en buena parte, seguía estando allá donde comenzaba el mismo. Pero ni el espacio ni el tiempo eran ya iguales a los que se esperaron, a los que se concibieron. Al exiliado, dirá ella misma, no solo se le roba el espacio, sino también el tiempo. Una vida a destiempo en la que no será posible, jamás, recuperar aquella circunstancia en la que pudieran germinar las semillas por las que tantos apostaban, a las que tantos cuidaron para que el fruto fuera óptimo.

Sin rencor, sin embargo, «amando su exilio», como ella escribirá casi al final de su vida, María Zambrano fue desarrollando una obra valiosísima, cuyo poder transformador es inagotable. En esa maleta de mano, María Zambrano portaba recuerdos, pero también la ausencia de muchos de los que tendrían que haberlo sido. Una

7. Hay constancia documental de que María Zambrano, cuando aún vivía en Segovia con su familia, pidió el ingreso en la Residencia de Señoritas, dirigida por María de Maeztu, para acabar sus estudios de Filosofía en Madrid. Sin embargo, renunció a la plaza que se le había concedido. Hemos sabido, tras el hallazgo de la correspondencia con Gregorio del Campo que, probablemente, la razón de esta repentina renuncia, «oficializada» apelando a un año de enfermedad que la obligaría a permanecer en casa cuidándose, coincidiría con el nacimiento del hijo que tuvo con su novio, el entonces alférez Gregorio del Campo, estudiante en la Academia de Artillería de Segovia. El bebé murió poco después de su nacimiento, y aunque la relación entre los dos jóvenes continúa todavía años, el fin del noviazgo hace que María Zambrano no vuelva a referirse al hecho, pese a la obvia importancia en cuanto a los años que duró, y en cuanto a lo que significaría para ella como mujer que toma decisiones poco comunes en aquel momento. Es sorprendente leer a una joven María Zambrano exponiendo un pensamiento maduro y comprometido. Y, sobre todo como decíamos, tomando decisiones cuya responsabilidad asumida la sitúan dentro de ese grupo de mujeres libres que empezaban a exigir su voz y su proyecto social y personal, en una circunstancia escasamente proclive a considerar la igualdad como una prioridad absoluta. Todo ello está recogido en Santiago Bolaños, Marifé (ed.), *María Zambrano. Cartas inéditas (a Gregorio del Campo)*, Ourense, Linteo, 2012.

8. Zambrano, M., *Delirio y destino*, op. cit., págs. 63-64.

maleta de no ser que el destino impuso. Pero, insistimos, luchando contra un difícilmente evitable rencor hasta doblegarlo.

A pesar de que ningún dolor ni ninguna felicidad sean intercambiables, ni siquiera comparables, la experiencia vital que estamos intentando recorrer con sigilo, la construcción de una identidad a partir de la misma, sitúa a María Zambrano al lado de los más virulentos «destinos» actuales. Delirantes distopías que pretenden anular el pensamiento y, por lo tanto, la libertad, que obligan a millones de hombres y mujeres a abandonar sus orígenes, sus circunstancias, imponiendo desplazamientos, exilios que invierten la esperanza ahogándola en campos de refugiados, o en la marginalidad que toda extranjería impone por definición. Porque no se trata de rehacer, de reescribir, de reestructurar un plan de vida. No se trata de recomponer el personaje al que, para poder desarrollar una existencia, hemos revestido de características y hemos llamado «yo». Se trata de que los seres humanos requerimos, para serlo, un plan, un mapa imaginado. Y cuando no lo tenemos, cuando se nos arranca o se nos niega su posibilidad, nos aferramos a la imagen suplicada del mismo, aunque eso nos cueste muchas veces la misma vida física o mental. Seres humanos que, en la medida en que se obstinan, con heroísmo no pretendido, por conservar principios por los que querer seguir viviendo son obligados a marcharse. Desplazados, exiliados, desterrados.

Y otros que, no sabiendo cómo abandonar una insatisfacción objetiva y subjetiva que los sitúa, también, en el no estar y en la no pertenencia; no sabiendo cómo construir en libertad su propia identidad porque las circunstancias siguen señalándolos como extranjeros del mundo al que, incluso legalmente, pertenecen, se dejan poseer por identidades ajenas que los vampirizan hasta pedirles la entrega de sangre propia y ajena. Identidades en las que estar, por las que estar.

Hemos de tener identidad para que el desasosiego no venza. Mas, si es una identidad heterodesignada, quizá requiera fanatismo en su búsqueda porque no está en el lado del aquí y el ahora y, acaso, no pueda estar, incluso no deba estar. Se pertenece, entonces, a un tiempo inerte, ancestral, un tiempo que no es nuestro tiempo, un tiempo heredado que suministra destellos de extrañas esperanzas y se solapa con el tiempo que tendría que ser propio y vivido, infectado de agravios, insistimos, ajenos como individuos independientes y libres; pero que nos consuelan en la experiencia de «exilio» del mundo, de falta de pertenencia. La barbarie reaparece entonces, encuentra condiciones para renacer. Deberíamos no olvidarlo: quien siente la experiencia del exilio, sea objetivo o subjetivo, sea colectivo o individual; quien siente que es un «extranjero», y se deja arrastrar por un rencor acaso instintivo pues está peligrando el principio básico de supervivencia, se percibe huérfano, abandonado. Esa soledad pesa tanto que acaba aplastando toda acción creadora. Y la obra de María Zambrano, esquivada como «razón práctica» cuando

tanto tiene de ello, ofrece advertencias fundamentadas, faros para no naufragar. No nos resistimos a transcribir este fragmento de su artículo «Amo mi exilio», publicado en el periódico *ABC*, el 28 de agosto de 1989 (María Zambrano ya estaba, entonces, de nuevo en España, tras cuarenta y cinco años de exilio):

No hay que arrastrar el pasado, ni el ahora; el día que acaba de pasar hay que llevarlo hacia arriba, juntarlo con todo lo demás, sostenerlo. Hay que subir siempre. Eso es el destierro, una cuesta, aunque sea en el desierto. Esa cuesta que sube siempre y por ancho que sea el espacio a la vista, es siempre estrecha. Y hay que mirar, claro, a todas partes, atender a todo como un centinela en el último confín de la tierra conocida. Pero hay que tener el corazón en lo alto, hay que izarlo para que no se hunda, para que no se nos vaya. Y para no ir uno, uno mismo, haciéndose pedazos.⁹

Y con esta actitud de alerta, de pacto con los demonios, de asumir lo que llega sin haber sido elegido, con coraje ético que no se resigna, pero sin odio; con esta actitud, escribe María Zambrano su novela autobiográfica, *Delirio y destino*, donde narrar en tercera persona hace que ella misma se convierta en sujeto de observación y análisis. La distancia estilística ofrece la herramienta para evitar sentimientos que ensombrecerían la razón y entregarían una crónica solo válida para quien la realiza. No lo hace así la autora; por el contrario, su contar, su narrar se independiza de la persona y crea un personaje proclive al reconocimiento, a cierta identificación porque la época y la circunstancia, si bien es específica y concreta, puede ser trascendida y trasladada a esa matría interior que nos acerca a todos los seres humanos, en la fragilidad de una finitud de sujetos sintientes. En la presentación escrita por la propia María Zambrano para el libro, y que fecha en Madrid, el 25 de septiembre de 1988, a modo de cuaderno de la parte de atrás, de apunte personal que, al escribirse se hace público y universal, hay un fragmento que simboliza mucho más que lo que un dato objetivo pudiera darnos. Cuenta la autora cuándo y cómo se escribió la novela, pero también por qué acepta que se publique mucho después, por qué, quizá, no llegó a publicarse en la contemporaneidad de su escritura:

No he cultivado el género de la novela, aunque sí algo la biografía, tratándose de otros, nunca de la mía. Mas tenía que ser la por mí vivida realmente, incluidos los delirios, que con la biografía forman una cierta unidad. ¿Por qué no ha de contener también una autobiografía verdadera delirios que no son una falacia de falso ensoñamiento? La misma voz que me pidió entonces salir de mí misma y dar testimonio tal vez sea la que ahora me pide que lo publique espontánea y precipitadamente antes de morir.¹⁰

Escribir, dirá María Zambrano, es conservar la soledad en que se está. Ofrece la escritura un espacio de retirada en cuyas paredes reverbera el eco de quienes somos y de quienes no podemos o no

9. Zambrano, M., «Amo mi exilio», en *Las palabras del regreso* (ed. de Gómez Blesa, M.), Madrid, Cátedra, 2009, pág. 65.

10. Zambrano, M., *Delirio y destino*, op. cit., pág. 12.

11. Zambrano, M., *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid, Alianza, 1989, pág. 32.

queremos ser. Verbos, todos ellos, que ponen en marcha la escritura, como un acto de conversión, de mirada hacia dentro. Las palabras nos llevan a lugares, a territorios en los que es posible ser espectadoras activas de nosotras mismas, suerte de experiencia teatral, misteriosa, donde las palabras ejercen de protección, como el traje de ceremonias de un oficiante ritual que trae a lo humano lo que previamente pertenecía al territorio de lo in-humano:

Hay en el escribir un retener las palabras, como en el hablar hay un soltarlas, un desprenderse de ellas, que puede ser un ir desprendiéndose ellas de nosotros. Al escribir se retienen las palabras, se hacen propias, sujetas a ritmo, selladas por el dominio humano que así las maneja. Y esto, independientemente de que el escritor se preocupe de las palabras y con plena conciencia las elija y coloque en un orden racional, sabido. Lejos de ello, basta con ser escritor, con escribir por esta íntima necesidad de librarse de las palabras, de vencer en su totalidad la derrota sufrida, para que esta retención de las palabras se verifique. Esta voluntad de retención se encuentra ya al principio, en la raíz del acto mismo de escribir y permanentemente la acompaña. Las palabras van así cayendo, precisas, en un proceso de reconciliación del hombre que las suelta reteniéndolas, de quien las dice en comedia generosidad.¹¹

Escribir, pues, como acto de reconciliación según lo plantea María Zambrano, concita, de nuevo, un diálogo con nosotras mismas. Por tanto, también implica separarnos de nuestra imagen, como si fuera ajena para poder ser contemplada, mirada en profundidad y analizada «objetivamente». Tal reconciliación implica, por la propia definición de la palabra, que hay algo roto que requiere «religarse», volverse a unir. Una reconciliación significa negociar una vuelta a una relación humanizada, cargada por ello de afectos y también de tensiones. Una realidad «creada» en la que se ha incorporado signo y significado a lo que podríamos llamar «las cosas». En tal «las cosas» está, obviamente, incluido todo lo que son «cosas interiores», reacciones, pensamientos, sentimientos.

Ideas.

Fantasmas.

Leyes que la razón inventa, en las que invierte todo su poder para que creamos en ellas, para que las supongamos permanentes y más allá de nuestra finitud. Para que esté dibujado, en ellas, nuestro mapa identitario. Desbaratar la calma sustancialista, y vivir la disgregación como posibilidad, buscando lo que aún late escondido en ese fondo de nuestra conciencia. Donde acaso esté de nosotras algo mucho más importante de lo que podríamos nunca imaginar. Importante e inesperado. Casi nos atreveríamos a decir «ajeno» por desconocido.

Requerimos ahora cierto salirnos del camino en la búsqueda de ese claro del bosque al que nos conduce un pájaro que conoce el lengua-

je anterior a esa razón pura, pero que canta dándole ritmo y forma a lo que todavía es caos. Y vuelven preguntas contenidas en esa maleta, que ni queremos olvidar ni que se nos arrebate en ninguna de las estaciones de la vida.

12. *Ibidem*, pág. 121.

¿Qué ocurre, decíamos, cuando la composición de una vida, con sus dudas e incertidumbres, pero siempre solventando ambas en la necesidad de darle continuidad a la misma, es destruida?, ¿qué pasa, qué nos pasa y cómo nos pasa? Qué hacer para seguir. El fragmento que reproducimos a continuación también ha de estar en esa maleta:

La paz verdadera no nace del instinto, del hombre en estado de naturaleza. En la tragedia del estado de naturaleza lo más natural es la guerra, la discordia. El hombre frente a su igual se llena de terror y de recelo. El hombre abandonado, desamparado, se llena de miedo, se hace presa del pánico. Y lo peor del miedo es que da miedo; entre hombres mutuamente aterrorizados la catástrofe es inevitable, según con tanta evidencia estamos viendo. La guerra actual es el producto del mutuo terror, del miedo de unos, que dio miedo a los otros. La angustia, el terror de todos. Es sin duda la lepra europea desde hace tiempo. El verdadero «mal del siglo».¹²

Una novela como *Delirio y destino* procura, para empezar, un género híbrido entre el ensayo y la ficción. Ficcional es en sí la actitud de una novela, con lo que hablar de «novela autobiográfica» parecería una contradicción terminológica. Tomemos, al tiempo, otro género híbrido, el de la confesión, tan caro a María Zambrano: una confesión tiene un algo de querer compartir una experiencia personal, de seleccionar un hecho vivido y hacer que deje de ser personal para hacerse público. Se entendería que confesar no es solo narrar desde lo descriptivo-objetivo, sino hacerlo desde la reflexión que impone un criterio selectivo en sí. Confesar es contar un hecho que quien confiesa entiende crucial para entender su proceso vital, a la vez que en el hecho mismo de la confesión que hace público ese acontecimiento confía hallar la posibilidad de continuación de una vida. Hay algo catártico en la confesión, algo de limpieza. Lo confesado queda así expuesto al público, se desprende del protagonista narrativo y presenta lo confesado como un tema común.

Pero también el mismo acto de contar, de confesar y escribirlo hace que el sujeto activo se transforme en la escritura, se convierta en personaje de una historia que requiere modificación lectora, que requiere extrapolar lo personal y universalizarlo. Cuando María Zambrano escribe *La confesión, género literario* está dando, en el título mismo, con esa clave particular. Confesión-confesar-género literario en sí, que aparecería, filosóficamente hablando, en el territorio fenomenológico de una reducción de lo subjetivo hasta maximizar su eficacia, hasta hacerla colectiva por precisa. Esta experiencia se regenera y se ajusta más si cabe cuando hablamos de una novela «autobiográfica». En el mismo estilo, la persona que confiesa se

13. Zambrano, M., *Delirio y destino*, op. cit., pág. 279.

ofrece como personaje sin renunciar a confesar. Compartiendo la vivencia, tras haberla depurado y transformado necesariamente, porque eso es la escritura, presenta la memoria como un hecho enfocado en la ficción. Toda memoria lo es, toda memoria expurga y transforma los hechos, incluso cuando quiere ser descriptiva y «objetiva». No es posible: la palabra es mediadora siempre y lo que trae está cargado de fuerzas que no coinciden totalmente con los hechos. O acaso demuestran que «los hechos», que la experiencia de vivir, siempre es diferida cuando se narra, cuando se describe. Tal vez esa sea la razón por la que se requiere, en ocasiones, del seudónimo, del *alter ego*, del complementario; hasta del heterónimo que haga respirar a los muchos seres que somos. La propia María Zambrano «tenía en sí» personas-personajes a las que requirió compañía y nombre cuando abordó ciertas cuestiones en su pensamiento.

Identidad: concepto con el que pretendemos creer que somos «idénticas a nosotras mismas», cuando la persona, por serlo, por pensarse, por vivirse desde la conciencia, no puede serlo nunca.

Todo lo anterior abunda en el sendero que hemos tomado «para estar» en *Delirio y destino*. Sería mercedor de ir acompañado de nombres indispensables en la «narración» de la autora, en la «autoría» de una vida. Algunos están escritos en el libro, otros son aludidos, a otros los hemos de reconocer por la circunstancia que los acoge. Mas la intención está en que todas las personas que ejercen de hilanderas de ese tejido-texto pueden ser sustituidas, en su papel protagónico, por otras que la lectura propone a quien lee la novela. Sentimientos, afectos, pensamientos que la madeja extiende para y por nosotras; hilo de Ariadna capaz, si seguimos la regla estricta que todo laberinto exige, de conducirnos del afuera al adentro y del adentro hacia el afuera. Delirios, sí, como el que titula «Voy a hablar de mí mismo (Fragmento filosófico del segundo tercio del siglo xx)» y que comienza así:

Voy a hablar de mí mismo, aunque en rigor esto constituye una reiteración, pues, hablar, rigurosamente, no se puede hablar sino de sí mismo. Pues, situemos la cuestión en sus términos rigurosos: ¿Qué es hablar y quién habla? Solamente hay un ente que habla: yo, es decir el hombre, pero el hombre en sentido riguroso soy yo, yo mismo.

El que habla sólo hablando desde sí puede hablar de sí. Y el término estricto de su hablar es este sí, descubierto en la acción misma de su hablar. Esta misma acción descubre su mismidad, pues sólo el que habla hacia sí mismo puede, es sí mismo, y el que es sí mismo sólo atendiendo hacia sí mismo puede, en sentido estricto, hablar estrictamente, pues, y con todo rigor hablar significa siempre y en todo caso, hablar de sí mismo, y apuntando hacia él mismo del sí.¹³

María Zambrano porta una maleta titulada *Delirio y destino*. Contiene tiempo, su tiempo. Pero es una maleta que puede colocarse al lado de la de otras personas, para que ese tiempo, continuado en el

devenir de la historia, se una a los tiempos presentes de quien lleve, en sus manos también, maletas semejantes. Nos atreveríamos a decir que nadie está a salvo de no tener que llevarla alguna vez, en la medida en que eludamos, por incauto desconocimiento u olvido, la función autoral de esa peculiar manera de vivir que es el vivir humano. Un acontecimiento ocurre, se da, suspende el mapa identitario aceptado sin demasiados cuestionamientos, incluso aceptado con fe sin que medie ninguna duda reflexiva, como si no hubiera otros posibles, como si plantear otros posibles fuera suficiente para ser castigado con la eternidad. Hemos señalado que puede haber desconocimiento, no solo olvido o evasión consciente. Pero, en cualquier caso, sea cual sea la actitud, este es un mapa que se muestra bastante inútil, precario, excesivamente generalista para servirnos de referencia, en el que se reconocen errores de cálculo, falsas calles, falsos miliarios, símbolos equívocos. El mapa es un laberinto que nos enfrenta a minotauros inesperados.

14. *Ibidem*, págs. 210-211.

Estaciones de tren terriblemente llenas de gentes temerosas, puertos donde el mar no puede con la avalancha de la supervivencia. El engaño de la razón, la verdad del sueño. Campos donde se instala una provisionalidad tan duradera que se torna ignominiosa. *Delirio y destino*. Escribo, una maleta, *ergo sum*:

Rendir el alma sólo se puede ante una vida que en su razón fluyente recoge las nuestras, las razones de lo que vivimos, de lo que nos tocó vivir. Mas cuando aquel trozo de destino se hundió como una Atlántida, pero en el seno de una historia sin fondo, cuando se siente funcionar otra vez el arcaico dios que devora a sus hijos desposeídos hasta del tiempo, no es posible aceptar el silencio. Pues hay el silencio de la razón cumplida que va a integrarse con todas las razones a ensanchar el curso de la armonía. Y hay silencio disonante que deja en el aire la palabra entrecortada, la razón convertida en grito, el silencio que despoja al condenado del esqueleto de su verdad. El silencio que envuelve a la inspiración asesinada.¹⁴

¿*Ergo sum*? La verdad de ese sueño... Escribo, solo si escribo.

Una mujer que lleva, en la maleta, el siglo xx es responsable de esa memoria. Tantas fueron las imprevistas apariciones de fantasmas capaces de confundir a los vivos hasta usurpar su sitio, hasta que el mundo creyó que estaba muerto porque los fantasmas se hicieron con el poder. Fantasmas pasados y fantasmas contemporáneos, imágenes que convocaban todos los delirios y amurallaban la obligación de soñar. Muertos vampíricos cuya podredumbre llega hasta nosotras, personas del siglo XXI condenadas a portarla consigo hasta que no nos confabulemos para hacerlos palabra escrita, confesión y novela, narración que sella cada página con el antídoto de la esperanza. Perder la identidad para ganar la existencia, para «entonces, soy, existo». *Delirio y destino*, lúcida guía para los condenados a la oscuridad, para quien subyace en la agonía de un mundo que ya no ha estado nunca, que acaso nunca pueda estar, pero por el que hay que

seguir entregando vida y dando la vida. *Delirio y destino*, o la obligación raciopoética de hacer del mundo la casa de la dignidad. Sea este fragmento con el que concluimos una llamada responsable a quienes, no solo en la palabra, sino en la acción tienen capacidad para escribir una novela distinta; una llamada, también, para que el pensamiento, la reflexión sea algo más que una columna de opinión propia y se convierta en ese fuego sanador capaz de hacer que el diálogo atraviese todo proyecto humano. Sea María Zambrano, una vez más, maestra que derrama un vaso de cordura para que se nos mojen los pies de los caminos recorridos. Hoy que tanta necesidad tiene la humanidad de no seguir, reiteradamente, perdiéndose. Qué distinta sería la idea identitaria y qué inmediata la forma de crearla. Qué cerca estarían las fronteras del mundo, tanto que acaso solo haría falta su uso como mera metodología organizadora, nunca como barrera. Son todos ellos los temas que el pensamiento humano ha ido desgranando y proponiendo, nada nuevo. Pero siempre al alcance de la mano sin que la mano toque, roce su cuerpo. Porque siempre obviamos el cuerpo, porque en demasiadas ocasiones el cuerpo ha estado fuera del territorio del pensamiento. Incluso porque cuando lo ha podido estar, nunca se ha escuchado lo que el cuerpo trae de pensamiento vivo, sufriente —decíamos antes— y con capacidad de felicidad. Una felicidad no utópica, sino cotidiana y precisa, en la que la «víscera mediadora» se ocupa de repartir su «logos» impidiendo que las entrañas rijan y con ello la vida sea infernal. Un respeto, entonces, cotidiano y preciso, en el que la ley tan solo recuerda que ha nacido del cuerpo, que los cuerpos sienten y el pensamiento siente a través de él. Y que legislar anulando la corporeidad sintiente, los sentimientos, la poesía, es propiciar territorios indignos «legalmente establecidos». En este ejercicio estético, en esta novela autobiográfica que ha superado el límite de una sola vida, hay entonces un diálogo que permite adquirir la presencia esencial de quienes somos, y reclamar su fruto alertando de la inminente llegada de la barbarie, aunque esta venga vestida de necesidad «social»:

[...] Pues parece inexorable que cada ídolo tenga su víctima. Y lo propio del ídolo es no tener corazón. Basta ser alguien y quedarse sin corazón para actuar al modo de ídolo, basta que el corazón se pare un minuto; un minuto de silencio para que el crimen venga a alojarse en él.

También en la vida de cada hombre: basta que el corazón se inhíba un solo minuto, que deje de oír su voz y se retire su calor comunicante, su irradiación. Se siente entonces el hueco, la oquedad de la persona, del ídolo que necesita alimentarse de una víctima; se sienten deseos de matar, hay que matar: un amor, una amistad, una hora de posible alegría y, el más crimen de todos: el asesinar la esperanza. Los entrenados en una ascesis cualquiera: de la fe o de la angustia, y las gentes simples que tienen fe en su corazón, saben que cuando llega ese minuto, ese minuto de silencio hay que retirarse, adentrarse en él o hacerle adentrarse, recoger en la oquedad de adentro el silencio de afuera y esperar, aguardar más bien; ¡soportar esta pausa en la respiración dispuesto a todo, al mismo acabamiento! Cuando no hay «inspira-

ción» hay que disponerse a expiar si es preciso... y no suele serlo; la inspiración vuelve.

15. *Ibidem*, pág. 194.

16. *Ibidem*, pág. 251.

Siempre vuelve la inspiración; mas, que al volver no nos encuentre con un crimen cometido en ese minuto de silencio.¹⁵

Leer, estudiar, analizar *Delirio y destino*, en su doble condición de novela (autobiográfica) y de ensayo (característica de la vida humana), es una propuesta integradora atemporal; la naturaleza (vulnerable y ambigua) de hombres y mujeres trae consigo la incertidumbre y el necesario consuelo de la imaginación y el sueño, un sueño creador que nos precede y al que seguimos con cierta paz o cierto desconuelo según la escenografía social e histórica lo decida.

Perdemos y nos perdemos. Pero también apostamos. Y en la trama de todo ello se dibuja el tejido, el texto de nuestra existencia. Cuando uno de los hilos de tal entramado se enreda o es desprendido del resto, se deshace la forma: estamos desnudos ante el mundo, sin nada que nos cubra. Y así, a la intemperie, huimos o nos escondemos. Hay ojos que siguen mirando, sin embargo, tal vez señalan la pérdida de inocencia y hasta se burlan de la vergüenza. Otros ojos consideraran una afrenta, una provocación ese despojo. Y lo encerrarán, y lo evitarán. Y seguirán la vida creando atajos para no encontrarlo, razones para no responsabilizarse del mismo. Y entonces, María Zambrano, siempre en vela, escribe —para conservar «la soledad en que se está», para que llegue ese «secreto» que exige ser escrito para vivir, para romper la cáscara que lo contiene e irradiar luz— esta frase lapidaria, que cierra la primera parte de *Delirio y destino*, antes de que sean los «delirios» los que concluyan la novela, una novela, un tratado, una partitura, sobre la identidad personal, la identidad europea, la identidad humana:

No, no; para que algo sea verdad tiene que tener su razón. Estas cosas no pueden ser verdad y, sin embargo, me han pasado, nos han pasado a todos, aquí en esta Europa que no sabía amarse tanto.¹⁶

Para que algo sea verdad...

«¿Qué ha de contener una maleta de mano simbólica cuando la historia solo te permite llevar una, tras expulsarte sin señalar cuánto durará el destierro?, ¿quién se hará cargo de identificar el relato identitario, de traducirlo, de leerlo al menos, cuando esa maleta se abra y quien la hizo haya perdido su espacio de lo común? ¿Dónde queda la identidad de quien es obligado a la extranjería?, ¿cómo continuar cuando la identidad que se portaba es ya un fantasma cuya resurrección, de haberla, llegará esclava de la memoria y sus fronteras?»

Para que algo sea verdad.